

Laburo

Destinado a un mundo
sin imaginación,
el coche de la línea cientodoce
podría ser el móvil que conduce
a un inocente,

pero no es así.

Son veinticinco años
de una labor
que se cobra cara.

Ya es tarde,
hasta para hacerse ilusiones
con las horas extras.

Y no hay caso.

Una vida robada
para garabatear una frase
que ya escribió otro:

trabajar cansa.

Carne y hueso

I.

Cachafaz evade
los alambrados que limitan
los cementerios de Acevedo,
para llegar a la banquina
donde el camino se confunde
con las piedras y el barro.

Mientras escruta
la ruta que sigue
como un señuelo inacabable,
no se siente menos
que los peones que cruzan
las tranqueras.

Sucede simplemente
que hasta acá llegó:

nada que ladrar a ese necio
que se pone a tocar la bocina.

Cachafaz siente que sólo
es un dejarse llevar...

II.

Días más tarde,
mientras los mamelucos anaranjados
hormiguean sobre el asfalto caliente,
el cuerpo de Cachafaz sigue
inmóvil a la vera del camino
duro como el macadam.

Los operarios sólo
se encargan de los restos de caucho
que abandonan los camioneros.

En otro tiempo blando
se apoderará de Cachafaz
el olor de la carne corrompida.

Poco a poco
el viento y la lluvia
lo terminarán de borrar.